

- *A Rubén Chuaqui, colega, maestro, erudito, le guardaremos siempre un lugar en el Colegio de México*

### **Trump es el corto plazo, no el largo**

Es útil clasificar los liderazgos políticos según dos modelos ideales. Uno es el que busca generar apoyos resolviendo problemas, y el otro exacerbando problemas de manera selectiva. El actual presidente norteamericano, Donald Trump, encaja en el segundo y en nosotros, los mexicanos, encontró un campo propicio para desarrollarlo.

El 29 de marzo, Trump lanzó un ultimátum: si México no impide el tránsito de las caravanas de migrantes que buscan llegar a Estados Unidos, él resolvería el problema con el cierre total de sus pasos fronterizos con México, sin importar que eso afecte un comercio bilateral por 1,700 millones de dólares diarios, un cruce legal cotidiano de 400 mil vehículos y de un millón de personas (cifras citadas por el propio Trump en conferencia de prensa del 31/08/16). Como consecuencia, en ambos países estarían en peligro tres millones de puestos de trabajo en las actividades que son el corazón del TLCAN-TMEC y a lo que debe añadirse su efecto en el comercio y servicios fronterizos que dependen de una clientela binacional. En suma, para poner fin a lo que califica de amenaza a la seguridad nacional de su país, el mandatario norteamericano propone un remedio que significaría un desastre económico espectacular para muchos en ambos países.

... especial Robert Mueller, y que sostiene que no hay evidencias de una “colusión” en 2016 entre el equipo de campaña de Trump y el gobierno ruso para ayudarlo a ganar la elección. Sin el peso de esa sospecha sobre sus espaldas y para sorpresa de nadie, Trump de inmediato retomó uno de sus temas que le permitieron en el pasado crear y consolidar una gran base de votantes: el culpar a México de crear graves problemas a Estados Unidos y proponer su solución vía un castigo económico a un vecino relativamente débil.

En 2016, México fue acusado por el entonces candidato Trump de crearle un déficit comercial a Estados Unidos vía el TLCAN y de enviar sistemáticamente al norte drogas y “desechos sociales” –violadores y asesinos—vía los indocumentados. La solución trumpista a ambos problemas fue amenazar con denunciar el tratado comercial entre ambos países y separarlos físicamente mediante un gran muro. Ahora, en el 2019, el problema revivido es mayor, pues se señala que México está dejando llegar a las puertas de Estados Unidos a millares de personas indeseables procedentes de Centroamérica, el Caribe y África, y que esa migración ha generado una crisis social que pone en peligro la seguridad norteamericana. Por eso, además de insistir en la construcción de “La Gran Muralla” fronteriza, Trump amenaza ahora con imponer aranceles y cerrar todos los pasos fronterizos, sin importar sus efectos sobre la integración económica creada por el TLCAN a lo largo de más de tres décadas. Desde esta óptica, el “nacionalismo blanco” de Trump propone un

“sacrificio patriótico” cuyo costo iría desde afectar cadenas productivas de gigantes como Ford o General Motors, hasta el popular consumo de guacamole.

La II Guerra Mundial llevó a México a tener que aceptar ser aliado formal del difícil vecino del norte. En la Guerra Fría (1946-1991), la alianza, en los hechos se mantuvo: los gobiernos mexicanos controlaron a la izquierda local, fueron predecibles y aseguraron una estabilidad interna rara en América Latina. Para sostener la cooperación, Estados Unidos ignoró el autoritarismo mexicano, aceptó una independencia relativa de México y ayudó, aunque a un precio, a varios de sus gobiernos a salir de baches económicos, incluyendo la firma del TLCAN y el ingreso a la OCDE.

Cuando la Guerra Fría llegó a su fin, Washington fue abandonando el enfoque anterior. George W. Bush todavía alcanzó a asegurarle a Vicente Fox en 2001 que, para él, la relación con México era la más importante y en ese contexto el guanajuatense se dio el lujo de pedir “la enchilada completa”: una reforma migratoria inmediata que legalizara a los millones de indocumentados mexicanos. Sin embargo, unos días más tarde, el atentado de Al Qaeda del 11 de septiembre en Nueva York, cambió ese enfoque radicalmente y Barack Obama no puso ya mayor interés en la relación.